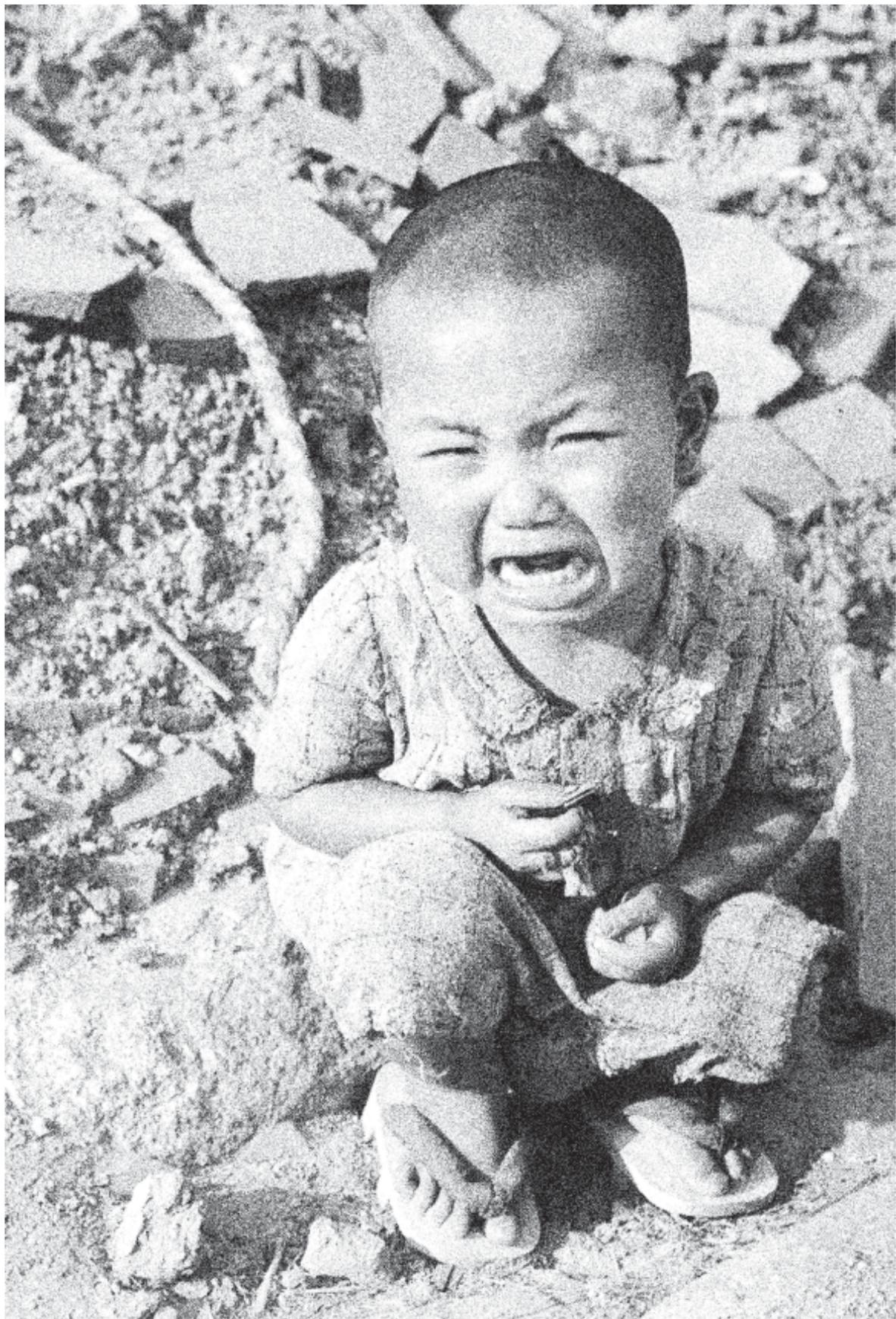


Silvia Lidia González. Hiroshima, la noticia que nunca fue. ¿Cómo se censura la información en tiempos de conflicto?

Argelia Ferrer

Muhamad Jatami. El diálogo entre civilizaciones.
María Gabriela Mata Carnevali





Silvia Lidia González. *Hiroshima, la noticia que nunca fue. ¿Cómo se censura la información en tiempos de conflicto?* Editorial Venezolana, Fundación Japón. Mérida, 2004. 649 páginas.

Argelia Ferrer

R e s e ñ a s



La humanidad ha vivido guerras desde tiempos inmemoriales, de la misma manera en que la paz ha sido, y es, un sueño colectivo. *Hiroshima, la noticia que nunca fue* es un libro que se refiere al uso de la información -sagrado derecho humano- en un momento de guerra, de muerte, de lucha por el poder, de horror. Horror que

sucedió cuando un grupo de personas colocó su ingenio y poder a favor de la muerte en Hiroshima, ciudad que representa hoy día un símbolo de las consecuencias de la guerra, a la vez que un alerta sobre la necesidad imperiosa del establecimiento de la paz.

La información, manejada adecuadamente, es una herramienta para la cultura, el progreso y la paz, pero también se puede poner al servicio de la guerra. *Hiroshima, la noticia que nunca fue ¿Cómo se censura la información en tiempos de conflicto?* Es un libro sobre la bomba atómica desde un punto de vista periodístico, donde presenta la información como un acto de poder en función de la guerra.

La autora, Silvia Lidia González, periodista e investigadora, luego de una acuciosa labor académica llega a una conclusión asombrosa: “El lanzamiento de la bomba atómica debió ser la noticia de mayor impacto del siglo XX, por tratarse de un hecho que reúne la mayoría de los criterios de interés considerados por el periodismo para que una información se convierta en noticia” (p. 263). Pero no lo fue.

En su libro explica cómo en Japón, la noticia de la bomba atómica estuvo acompañada originalmente con el silencio, la distorsión, y posteriormente con un enérgico carácter de denuncia ante el mundo, por el uso de un arma destructora de manera indiscriminada.

La investigación explora las razones por las cuales la bomba atómica no fue una noticia en su momento. Para ello propone una metodología que denomina modelo atómico de comunicación, basado en la metáfora del átomo, que presenta un núcleo y otros elementos que orbitan a su alrededor, ejerciendo presión hacia el interior e implosionando, generando un choque de átomos desencadenante de una poderosísima explosión, como la bomba atómica. El modelo que utiliza le sirve para explicar cómo la sociedad genera presiones hacia los medios, que producen una explosión informativa de resultados diversos e inesperados.

El análisis sirvió para “ver las presiones que surgen durante la guerra a los extremos de la cadena comunicativa, es decir, las fuentes donde se originan los mensajes, y los receptores como parte de la sociedad, y que a su vez genera presiones hacia el centro de la cadena, a los medios informativos y específicamente a los mensajes” (p. 17-18).

Estudiar el papel de los medios informativos en los conflictos requiere un apoyo teórico importante. Por supuesto, la autora no partió de la nada sino que se apoyó en clásicos como Harold Laswell para incorporar al estudio los diferentes elementos del proceso comunicacional y las funciones de los medios en la sociedad; en Vance Packard y Bartlett, para definir los mecanismos de la propaganda; en Stuart Hall para incluir en el análisis lo social en toda su complejidad; y en Miquel Rodrigo Alsina, Carl Haussman y en nuestros Jesús María Aguirre y Marcelino Bisbal, para proponer un modo de análisis de los elementos de forma y de fondo presentes en la información periodística sobre la noticia del siglo, que dan cuenta del interés de un medio por destacar un tema o influir en el lector.

El análisis de los contenidos periodísticos permitió a la autora identificar la actuación de la prensa de Estados Unidos y de Japón, estableciendo qué se dijo y cómo se trató el tema de la bomba atómica.

Igualmente, las coincidencias y diferencias en el tratamiento que le dieron los principales periódicos de ambos países.

A lo largo del trabajo, la investigadora maneja tres términos fundamentales en el quehacer comunicacional: manipulación, censura y propaganda, así como los mecanismos comunicacionales utilizados en ese momento histórico. Pero yendo más allá, el análisis permite mirar la información en tiempo de guerras y de todo tipo de conflictos. Periodismo y guerra. Silvia Lidia González deja ver la relación histórica entre los periodistas y las causas bélicas en una relación de encuentros y desencuentros, de manipulación y censura y concluye que en Hiroshima la prensa fue un arma propagandística. Leyendo este capítulo no podemos dejar de recordar la llamada Guerra del Golfo. Ni tampoco el papel de primer orden que le dio nuestro Libertador a la prensa, a la cual calificó tan atinadamente como “artillería del pensamiento”. El texto que comentamos parte de esa realidad: el papel estratégico de la información en regímenes en guerra, para controlar directamente los medios e influir en la sociedad.

El tema de la censura es básico en este estudio, pues refleja de una manera diáfana cómo esta práctica constituye un agravio al derecho humano fundamental de la información y “una ofensa contra el derecho público a obtener información, para participar en debates, tomar decisiones, crear juicios, y, sencillamente, para ejercer una más de las libertades de su condición humana” (pag. 526). La censura es un asunto de fondo y en democracia no puede ser tomada a la ligera.

Pero las noticias sin lectores no tienen impacto y también se buscó acercarse a la percepción social de lo que sucedió según los receptores. Tras una panorámica sobre las principales corrientes que estudian los efectos de los mensajes de los medios en la sociedad, la investigadora sostiene que “la prensa sí influyó de alguna manera en la sociedad y marcó su percepción y opiniones sobre la bomba atómica” (pág. 503), aunque admite que no hay fórmula científica para determinar en qué medida censura y propaganda intervinieron en las formas de pensar y en las actitudes de la gente en el caso de la bomba atómica.

En Hiroshima, el periodismo fue victimario y también fue víctima. Fue un actor puesto en interacción con otros actores sociales, devenido en actor político. El profesor Héctor Borrat, en 1989, pudo analizar la manera en que el periódico, al mismo tiempo que ejerce su influencia, es objeto de la influencia de otros, a tal punto que alcanza una carga de coerción decisiva cuando esos otros son los titulares del poder político.

Silvia Lidia González es doctora en Estudios de Asia y África pero también es periodista, como lo apuntamos al comienzo. La combinación de la Academia con la práctica profesional ha sido, a mi juicio, un factor clave para lograr hacer una investigación rigurosa y a la vez plasmar en un libro lo que pasó con la información sobre la bomba atómica, desde una práctica científica pero con la sensibilidad del cronista, mejor dicho, del buen cronista. El texto nos permite conocer los complicados factores que intervienen en la práctica periodística en tiempo de guerra, pero también nos lleva a tener presente el sufrimiento y el dolor de un pueblo por una lacra que la humanidad sigue padeciendo: la guerra en todas sus vertientes, la violencia y la perversidad por la ambición de poder.

De estudiar lo más oscuro puede salir una luz, como en el caso que nos ocupa. Esta investigación puede servir para que los comunicadores no olviden, jamás, su compromiso con la verdad y su deber ético de combatir la manipulación y la censura, vengan de donde vengan; para que la sociedad conozca mejor y esté alerta ante los intereses ocultos tras las informaciones provenientes de las instancias de poder. Pero sobre todo, puede servir como elemento de reflexión sobre el papel de la información al servicio de la barbarie o de la cultura, de la muerte o del progreso, de la guerra o de la paz.